

Mario Céspedes

Don Antonio Varas en el Instituto Nacional

Con ocasión del 135 Aniversario del Instituto Nacional. (10 de agosto de 1813—10 de agosto de 1948.)

1.º LOS PRIMEROS PASOS



L 13 de junio de 1817 nacía en la pequeña y adormilada ciudad de Cauquenes—la antigua Nuestra Señora de Manso de Tutuvén—don Antonio Varas. Hijo del modesto matrimonio que formaban don Miguel Varas y doña Agustina de la Barra, vió desde muy niño abatirse sobre sus padres la desventura.

En efecto, después de la batalla de Maipú, el padre—ardiente realista—debió huir apresuradamente hacia la Argentina para escapar a la venganza de sus enemigos políticos.

Trascurren así algunos años hasta 1823, en que don Miguel Varas regresa al abandonado hogar. Puede así abrazar nuevamente a su mujer y a sus hijos: José Miguel, el mayor y Antonio, que ya cuenta con 6 años.

Días de tranquilidad y risas transcurren en el modesto hogar. Pero no son muchos. Ellos anticipan futuros dolores. Algunos días más tarde—y por antiguas rencillas políticas—

don Miguel Varas es asesinado en un camino cercano a Cauquenes.

Aunque la historia no nos ha entregado ningún dato sobre la personalidad de don Miguel Varas y aunque ella no nos ha dicho nada sobre sus actividades, podemos deducir en su trágico fin algunas conclusiones relacionadas con la personalidad de su hijo Antonio. Don Miguel debe haber sido un hombre de recia formación psicológica; de ideas y principios indestructibles (como lo será Antonio) y de una intransigencia a toda prueba (carácter también sobresaliente en su hijo Antonio). Hay un hecho ilustrativo de gran significación al respecto: prefiere huir como un malhechor, antes que abjurar de sus principios realistas. Abandona hogar, mujer e hijos; pero su brazo vigoroso no se dobla servil ante los vencedores de hoy.

Cuando los años trascurren y Antonio sea una figura destacada en la vida nacional recordará nítidamente aquellos días de 1823 en que convivió con su padre. Dirá emocionado que vé a través de la niebla de los años a un hombre alto y delgado, cubierto con una espesa manta, que lo abraza con amor. Se vé pequeño, insignificante, pugnando por no romper a llorar cuando el hombre de la manta le pregunta:

—Bueno... ¿sabes o no sabes leer? ...

Desaparecido el padre, la familia Varas de la Barra abandona Cauquenes. En una amplia y resonante casona de Talca se instala la viuda con sus hijos, de los cuales el mayor, José Miguel, reemplaza al padre.

Algún tiempo después, José Miguel—que ya ha dado claras demostraciones de talento y amor al estudio—marcha a la capital, ciudad donde realizará corta pero efectiva labor de maestro.

José Miguel Varas—10 años mayor que Antonio—era un hombre de profunda vida interior. Prueba de ello es que en el Instituto Nacional no se limitó a su faena pedagógica expositiva y habitual, sino que compuso hacia 1828—tenía 21 años—unas «Lecciones elementales de Moral». Más tarde publicó unos «Elementos de Ideología», aparecidos en 1830 y escritos en cola-

boración con don Ventura Marín, también profesor del Instituto. «En esta obra ambos jóvenes se propusieron—dice don Domingo Amunátegui Solar—limpiar la enseñanza de las doctrinas medioevales, y se dedicaron a difundir las de los sensualistas Condillac y sus discípulos» (1).

Trágica fué también la muerte de José Miguel Varas. En plena juventud—era el año 1833—pereció en un naufragio, dejando a su madre y a sus hermanos en el más crudo desamparo. Afortunadamente tres años antes había conseguido del ministro Portales una beca para que Antonio, entonces muchacho de 13 años, pudiese continuar sus estudios en el Instituto Nacional.

2.º ALUMNO EN EL INSTITUTO

La muerte de José Miguel Varas, que cortó toda posible ayuda a los suyos, sirvió, sin embargo, para que los amigos que había dejado en el Instituto dieran claras muestras de que la caridad no es una palabra sin sentido: manos generosas se tendieron a la familia Varas, y en especial a ese muchacho arisco y delgado que, sumido en sus lecciones, olvidaba casi siempre jugar con sus compañeros. De todas las manos que se tendieron al adolescente—la más franca, la más desinteresada, la más cálida—fué la de don Manuel Montt. ¡Montt y Varas! Empieza aquí una amistad y una comprensión que sólo la muerte finalizará. En estos oscuros días de 1833, inician ellos su común lucha tras comunes ideales en una común hermandad espiritual. También ayudaron al muchacho Varas don Ventura Marín, don Manuel José Cerda y don Ventura Cousiño. En estos días, Antonio «vivió modesta y pobremente, estudiando en libros prestados, vistiendo ropas que la generosidad de sus amigos le había pro-

(1) Domingo Amunátegui Solar: «El Instituto Nacional bajo los rectores de don Manuel Montt, don Francisco Puente y don Antonio Varas», Santiago, 1891.

porcionado, y ahorrando el real que domingo a domingo le obsequiaba Montt o Cousiño. Este real era su única entrada y estaba destinado a pagar la lavandera y la comida» (2).

Así se formó la personalidad de don Antonio Varas. Enfrentó la realidad desde muy pequeño. Este hecho contribuyó a temprar su carácter; a hacer de él el hombre recio, metódico, consciente de sus responsabilidades que la historia conoce. El mismo, en un esbozo autobiográfico que escribió al final de sus días, nos ha pintado su triste y monótona existencia de institutano pobre. Desfilan por esos papeles íntimos unos domingos interminables, en que el adolescente, sin blanca en el bolsillo, debía permanecer tras las pesadas murallas del Instituto, mientras sus compañeros, en despreocupada caravana, salían a saborear un día de libertad. ¿Qué hacer en esas horas de soledad? Sólo una cosa: leer, leer incansablemente y preparar las lecciones para la semana.

A mediados de ese año de 1833 era ya un alumno brillante. Prueba de ello es que en la lista de alumnos distinguidos que la Dirección del Instituto hizo publicar en los diarios, figura don Antonio Varas como el mejor alumno de matemáticas. También aparecen allí otros nombres promisoros: Ignacio Vergara, Antonio García Reyes y José Victorino Lastarria.

Transcurrieron así cuatro años.

En este lapso, don Manuel Montt llegó a ser nombrado Rector del Instituto (el año 1835). El joven y enérgico maestro comprendió que Varas podía ser un colaborador certero y eficaz. La amistad que los unía, había permitido a Montt aquilatar la modestia, sobriedad y energía de su discípulo. Por eso, cuando a comienzos de 1837 don Ventura Marín abandona las clases de

(2) Palabras que escribió don Antonio Varas, hijo, a don Domingo Amunátegui Solar S., en carta fechada en Valparaíso el 14 de abril de 1890 y que ha sido publicada en el N.º 24 (mayo de 1946) del Boletín del Instituto Nacional.

Filosofía, Montt, sin vacilar, ofrece a Varas la cátedra, que se disputaban García Reyes, Tomás Zenteno y Ramón Briseño. Varas fué nombrado profesor interino, pero luego adquirió la propiedad. Desempeñó el cargo hasta 1844, en que fué reemplazado por don Mateo Olmedo.

En 1837 Varas tiene apenas 20 años y ya su voz dura, recia, que explica la lección sin adornos ni figuras retóricas, se deja oír en las salas del Instituto. Empieza este año para don Antonio Varas una labor pedagógica y literaria que, aunque breve, dió enjundiosos frutos y contribuyó poderosamente a remover nuestro ambiente cultural, estático y adormecido desde hacía muchos años.

3.º EL INSTITUTO NACIONAL EN AQUELLOS DÍAS

Precaria era la situación del Instituto cuando don Manuel Montt se hizo cargo de la Rectoría. Las insubordinaciones de los alumnos eran frecuentes. Continuas escapadas nocturnas; desobediencias a los profesores; bromas de mal gusto y pugilatos diarios: tal era la indisciplina que caracterizaba a nuestro primer establecimiento de educación secundaria. Aunque don Manuel Montt mejoró grandemente la conducta del alumnado mediante severas ordenanzas, no pudo, sin embargo, hacer frente a la crisis económica que atravesaba el internado. Hubo años en que la subvención del Gobierno no permitió dar a los alumnos una comida abundante o un lecho confortable, todo lo cual redundó en rebeliones y en frases airadas. La situación culminó en 1837, en que fué suprimido el internado.

Agrias y enérgicas críticas levantó esta medida. En «El Valdiviano Federal» don José Miguel Infante hizo blanco de sus ataques al Gobierno, acusándolo de entorpecer el desarrollo normal de la educación con medidas apresuradas e irreflexivas (3).

(3) El artículo apareció el 1º de octubre de 1837 bajo el título de «Retroceso en la educación de la juventud».

Estas críticas determinaron al Gobierno a restituir el internado, aunque limitando el número de internos y la edad en la cual serían admitidos los alumnos.

El Rector Montt se preocupó de dotar al establecimiento de un cuerpo de inspectores dignos de respeto, capaces de imponer disciplina a los muchachos. De este grupo, destacóse en todo momento la figura de don Antonio Varas, que más tarde fué asociado al gobierno del Instituto a insinuación del propio Rector. Varas ganaba entonces la suma de \$ 100 anuales como Inspector y de \$ 300 anuales como profesor de Filosofía.

El año 1838 inicia para don Antonio una etapa plena de luchas y desvelos en pro de la cultura y de la educación chilenas.

Por estos años, el personal docente del Instituto era, por muchos conceptos, brillante. Inquietudes de todo orden se dejaban sentir en todos los ámbitos del país. Se aspiraba a una renovación salvadora. Se pregonaba contra la «beatífica siesta de los días coloniales».

El Instituto Nacional no pudo permanecer ajeno a tales aspiraciones. García Reyes, Lastarria, Briseño, Gorbea, Blest, Sazié, Francisco Bello, Zenteno, Varas—con Montt a la cabeza—son algunos de los nombres meritísimos que entonces transmitían su saber y sus inquietudes a la juventud institutana.

Hacia 1838 nació entre estos profesores la idea de fundar una sociedad literaria. Después de algunas consultas y obtenida la aprobación del Rector, llevaron a efecto la idea. Un oscuro día de abril de 1839 se reunieron los profesores y aprobaron los estatutos de la nueva sociedad. «En esta Sociedad—ha dicho don Domingo Amunátegui Solar en la obra ya mencionada—se ven claros indicios de lo que más tarde va a ser la Sociedad Literaria de 1842, de tanta trascendencia en nuestro país». Es cierto, la Sociedad Literaria de 1842 nace dentro de las paredes del Instituto en 1838.

El Artículo 1.º afirmaba que la Sociedad se ocuparía de «trabajos literarios», distribuidos—según el Artículo 9.º—«de

modo que cada 15 días se presente uno». El Artículo 12 disponía que cada trabajo se entregaría a dos censores nombrados por la Sociedad «para que hagan sobre él las objeciones y críticas que crean más justas». Por fin, el Artículo 15 estipulaba que la Sociedad «se reuniría los miércoles a las 7 de la tarde».

Varas fué el crítico oficial de esta institución. Aunque sus trabajos consistían en observaciones muy someras, se distinguían sin embargo, por su corrección y revelaban un juicio claro y firme.

Varas fué también el alma de esta Sociedad. Luchó tesoneramente por mantenerla en pie. Pero fué inútil. Pudieron más las preocupaciones de los profesores, muchas veces ajenas a la vida del establecimiento.

Eso fué todo. «De aquellas reuniones juveniles—dice Amunátegui Solar—en que se iniciaron algunos de los talentos que debían brillar en primera fila en el ejército cívico de la patria, no quedan sino unas cuantas hojas de papel».

Dos años más tarde—en 1841—Varas pretendió revivir la Sociedad, pero el poco entusiasmo que encontró a su alrededor, le hizo desistir.

Lo dicho nos demuestra varias cosas. Una, que había latente en muchos espíritus una promisoriosa inquietud. Otra, que don Antonio Varas es, de entre todos los hombres destacados de entonces, quien con mayor propiedad puede ser calificado como «precursor». Sí, su entusiasmo echó las bases sobre las cuales se irguió, más tarde, en un trascendental impulso, nuestra conocida Sociedad Literaria de 1842.

4.º FORMACIÓN IDEOLÓGICA DE VARAS

Junto con sus clases en el Instituto, don Antonio realizó por estos días una ardua faena de publicista. Yérguese su figura en la vida nacional y cada día su influencia se hace más clara y decisiva. Sus palabras son escuchadas con respeto en los círculos

cultos del país y sus escritos comentados por los hombres más representativos.

En su juventud, Varas fué, indudablemente, un hombre estudioso. Leyó cuanto libro y papel encontró a su lado. Esta capacidad de estudio, sin embargo, no fué tan poderosa e imperativa que hiciera de él un hombre de gabinete, entregado a sus meditaciones y lecturas.

En este aspecto, Varas no puede compararse con un Lastarria o un Bello, estudió, leyó, meditó, pero cuando la política lo llamó con su tentadora voz, abandonó sus libros y se entregó de lleno a la acción. Aquí está la solidez de Varas: en la acción. Fué, fundamentalmente, un hombre de acción. Basó esta acción en ciertos principios indiscutibles para él; principios que bebe en su diario contacto con los hombres más cultos y ejecutivos de su época. Conviene destacar aquí que—a nuestro juicio—más aún que la lectura, influyó en la formación ideológica de don Antonio Varas el grupo de hombres de la talla de Ventura Marín, Manuel Montt, García Reyes, Gorbea y Domeyko, que con él convivió—hacia la veintena de su vida—en una comunidad atravesada por ideas y desvelos de todo orden.

Digna de mención es también la influencia—no material ni directa,—sino más bien espiritual e imponderable, que en don Antonio Varas ejercieron dos hombres: José Miguel Varas y Diego Portales.

El recuerdo de su hermano José Miguel, que, aunque muerto prematuramente, alcanzó a ser el brazo fuerte de un hogar donde faltaba el padre, fué para Antonio un ejemplo vivo y constante. Llegado a la madurez, y ya en pleno triunfo político, Varas solía exclamar: ¡Qué hubiera sido de mí sin la ayuda y el ejemplo de José Miguel!

La sombra de Portales, por su parte, se adivina en cada espíritu superior de entonces. Detrás de su figura, detrás de su Idea-Norte y de su sacrificio, marcha un grupo en el cual está Varas, y que vé en el Ministro-mártir al preclaro fundador de las

instituciones de la República. Montt y Varas son, en nuestra historia, los políticos que más puramente encarnaron el ideal portaliano de gobierno.

Dijimos más arriba que Varas desarrolló por estos años una activísima faena de publicista. Refiriéndose a este aspecto, los hermanos Arteaga Alemparte han dicho: «El hombre de letras que hay en Varas, ha sido absorbido por el político» (4). Yo diría más bien que en Varas nunca hubo un hombre de letras; que utilizó la pluma, a veces, porque así lo requería su acción pública. Su literatura no es, hablando en propiedad, una obra de arte. Escribe para enfocar problemas de carácter práctico, que requieren una rápida solución. Escribe, no para crear en el sentido estético del término, no para entregar un mensaje íntimo, sino porque así lo exige el bien del país. Y cuando escribe, no aliviana la pesadez de sus temas con un estilo agradable. Nada de eso. Se adivina que escribe sin detenerse a pulir las frases; escribe como le brotan las palabras de la pluma. Hay, no pocas veces, incorrecciones en su estilo o repetición de palabras. Nada ilustra mejor, al respecto, que la lista de algunos de los artículos escritos por Varas en «El Semanario de Santiago» (5): «Instalación del Banco de Ahorros de Santiago»; «Civilización de las provincias»; «Fuero de Senadores y Diputados»; «Provincia del Maule», etc.

5.º RECTORADO DE DON ANTONIO VARAS

El 28 de diciembre de 1842, don Antonio Varas fué nombrado Rector del Instituto Nacional después de la renuncia de

(4) Arteaga Alemparte, Justo y Domingo: «Los Constituyentes de 1870».—Imp. Barcelona. 1910.

(5) Conviene recordar aquí que el Semanario fué fundado como órgano de la Sociedad Literaria, de la cual era miembro don Antonio, y que su primer número apareció el 14 de julio de 1842. El último número del Semanario tiene fecha 3 de febrero de 1843.

don Francisco Puente. En el nombramiento de Varas tuvo mucha participación don Manuel Montt, a la sazón Ministro de Instrucción Pública. Don Domingo Amunátegui—al mencionar este nombramiento—se manifiesta un tanto disconforme. Reconoce en Varas grandes méritos de ilustración, inteligencia y austeridad. Ve en él, sin embargo, «falta de amor a los niños: amor y comprensión que permiten ir amoldando los métodos de enseñanza al desarrollo progresivo del espíritu».

Creemos que la observación del distinguido historiador chileno es sólo en parte verdadera. No se puede desconocer en Varas una sequedad manifiesta en todas sus actuaciones públicas. («Iba derecho hacia sus fines, indiferente a los rencores y antipatías que su actitud pudiese despertar»—ha dicho de él Alberto Edwards). Pero el maestro y Rector suplió esas limitaciones con su talento y su actividad verdaderamente prodigiosa. No hay que olvidar que Varas es un torrente que, en donde quiera que esté, desarrolla una labor abrumadora. Habla, se mueve, grita, gesticula y se descompone cuando se le objeta algo. El pide de sus colaboradores acción y no discusión de sus ideas. Seco, duro en la frase, sin adornos ni adjetivos, sin combamientos de espalda ante los poderosos, no halaga ni compra a nadie... Sólo pide obediencia y eficacia en la acción.

El Rectorado de Varas comparado con el de don Manuel Montt, es más fecundo para el Instituto Nacional. Contribuyó a ello el estado general del país. En efecto, entre 1840 y 1850 transcurren en nuestra historia política y cultural 10 años de inquietudes hondas y fértiles. Hay virajes bruscos. Soplan vientos de reforma. Se quiere demoler, cuanto antes, el viejo edificio de las instituciones coloniales, que para todos «huelen ya a ranciedad». Se aspira a construir el nuevo marco de nuestra vida ciudadana. Los hombres que cruzan los escenarios de la vida pública chilena, están animados de la misma fe; el mismo anhelo los empuja hacia la acción. Portales y Montt; Sarmiento y Bello; Bilbao y Arcos; Varas y Domeyko, tienen, no obstante sus

diferencias, a pesar de sus rivalidades, un mismo objetivo: la renovación total o parcial de nuestras instituciones.

Esta ráfaga de renovaciones cunde también, como es lógico, en el campo de la educación. La reforma de la Instrucción Pública se realiza en un comienzo tomando como norte las observaciones del magnífico maestro polaco Ignacio Domeyko. Varas, en su calidad de Rector del Instituto, acuerda reorganizar las Humanidades. Para ello, lee ávidamente cuanto artículo sobre educación se publica en Chile. Y por cierto que en aquellos días no es exigua la producción. 1843 es el año en que Sarmiento, Bello y Domeyko dan a conocer su pensamiento sobre la educación. Bello en «El Araucano»; Sarmiento en «El Progreso» y Domeyko en «El Semanario» opinan, polemizan y trazan los surcos por los cuales emprenderá su marcha la educación chilena.

Don Antonio Varas, por estos días, hace realidad uno de sus más acariciados proyectos: implantar la simultaneidad en el estudio de ciencias y humanidades. Otro problema que debe afrontar es el de los textos de estudio. Escasean los buenos textos. Los pocos que hay están escritos en francés, inglés o alemán. Hace, pues, traducir los más imprescindibles. Don Domingo Amunátegui da la lista de las obritas usadas entonces en el Instituto. Figuran allí «El Tratado de Ensayos», de Domeyko; el «Derecho de Gentes», de Bello; la «Gramática Latina», de Francisco Bello; las «Lecciones de Moral», de José Miguel Varas; la «Ideología», de Varas y Marín y el «Curso completo de historia referida a los niños y a los niñitos», del oficial francés Lamé-Fleury.

De esta manera, el Rector Varas dió impulsos progresistas al Instituto. Larga y penosa fué la lucha que don Antonio hubo de realizar. Por doquier, tropezaba con la indiferencia, la incomprensión o la pobreza del erario nacional, siempre parco para proporcionar medios a la educación.

Como Rector, Varas fué infatigable. Tiene razón el señor

Amunátegui Solar cuando dice de él «que ha sido, en verdad, uno de los Rectores más notables que hayan gobernado el Instituto».

Reconstruyó algunas salas del establecimiento y lo dotó de gabinetes de Química y Metalurgia, auxiliado por el profesor de Química, León Crosnier.

Preocupación especial tuvo Varas en la selección del profesorado. Ni un instante de calma se dió en la búsqueda, tanto en Chile como en el extranjero, de buenos maestros. No es raro entonces que alguien haya escrito: «Los profesores del Instituto por lo general poseían sólidas cualidades y auguraban casi siempre un brillante porvenir». Allí estaban Lastarria y Vendel-Heyl; Gorbea y Borja Solar; Tomás Zenteno y Ramón Briseño.

Desgraciadamente, los profesores más eficientes abandonaban pronto la labor docente para dedicarse a actividades más provechosas y brillantes, como la judicatura, la prensa o la política. Y la educación perdía sus mejores paladines. El hecho fué agravándose hasta alarmar seriamente al Rector Varas, que en un extenso informe—admirable por su actualidad, por su buen sentido y su perfecta apreciación del momento presente—exponía el problema. Daba en pleno blanco cuando decía: «Falta a los profesores los estímulos y alicientes que ofrecen otras carreras: no hay en el magisterio glorias ni recompensas y sí la pérdida gradual de las energías físicas o intelectuales» (6).

¡Cuánta actualidad trascienden estas palabras! ¡Su sentido es el mismo hoy que hace una centena de años!

Pero Varas, en su artículo, no se limita a adoptar este tono quejumbroso. Con su practicismo de siempre propone una solución al problema. «¿Cómo puedo yo exigir dedicación, estudio y efectividad a un profesional asaeteado por las preocupaciones económicas?»—se pregunta. Y respondiéndose, agrega: «Pues dándole cuanto antes, por Ley del Estado, una carrera se-

(6) Artículo aparecido el 22 de abril de 1843 en «La Gaceta de los Tribunales».

gura y permanente en su favor, con sus escalones, sus promociones y ascensos, con sus estímulos de honor y recompensas pecuniarias, pensiones de retiro, montepíos y las demás ventajas que se les conceden en todos los países y a todas las carreras».

Gracias a estos artículos y a algunas conferencias, pudo el Rector Varas conseguir que el Consejo Universitario redactara un plan de sueldos, que fué aprobado por el Gobierno el 14 de enero de 1845. Según este decreto, el Rector del Instituto Nacional debía ganar \$ 2,000 al año y el Vice-Rector, \$ 1,000.

Profundas divergencias dividieron a la prensa y a la opinión pública al enfocar el mejoramiento económico del magisterio. Mientras el Consejo Universitario sesionaba larga y fatigosamente, estudiando dicho proyecto, el diario «La Gaceta del Comercio», de Valparaíso, atacaba con dura voz el proyecto. El Rector Varas, con bíblica paciencia, debió responder desde las páginas de «La Gaceta de los Tribunales» cada uno de los ataques.

Dentro del Instituto, la labor de Varas no decaía. Reglamentó las inasistencias de los alumnos, frecuentes sobre todo en invierno; suprimió—verdadera revolución—la pena del cepo a que se sometía a los muchachos indisciplinados; gestionó ante el Gobierno la erección de un nuevo local para el Instituto; escribió incansablemente en la prensa santiaguina dando a conocer al público la vida institutana y los interiores de la educación chilena. El fué quien con mayor vigor y constancia insistió en destacar el papel de la educación en una sociedad.

Cientos de páginas—escritas con convicción y apasionamiento—hablan de esta preocupación de Varas. Allí están, como vivo testimonio de su faena, sus artículos en «El Araucano», en «La Gaceta de los Tribunales», en «El Semanario». Sus informes al ministro Montt; sus cartas íntimas; sus periódicos discursos en el Instituto y sus charlas a apoderados y maestros...

La labor pedagógica de Varas fué, desgraciadamente, corta.

El servicio del país lo llama más tarde a laborar en otros

campos de la vida nacional. El periodismo, la jurisprudencia y—más que nada—la política, absorben las energías de este hombre que, andando el tiempo, ocupó puestos de vanguardia, de lucha y de éxito en nuestra Historia.

Pueden rechazarse muchas de las ideas políticas sustentadas por Varas—«miserable esbirro de la fracción retrógrada» para el diario «El Progreso»; servidor de la «causa del despotismo, del odio y del miedo» para Lastarria,—pero hay que reconocer, con Encina, que Antonio Varas «tuvo rabia de bien público».